

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIV

Mayo de 1947

Núm. 263

## Puntos de vista

Un Congreso de escritores

**D**ESDE hace tiempo que se viene hablando de un Congreso de escritores entre los hombres de letras de nuestra capital. La DIC (Dirección de Informaciones y Cultura) en su deseo de interpretar esta inquietud del ambiente literario, acogiendo la idea con simpatía y cumpliendo uno de los puntos más importantes de su misión como organismo del Estado, ha citado a los presidentes de las instituciones de hombres de letras, para ponerse de acuerdo con ellos y concretar de este modo la idea, llevándola a la práctica.

Esta idea de ir a un Congreso a discutir los diversos problemas que afectan al escritor en cuanto a tal, es plausible porque con ello se desahoga una inquietud, pero a decir verdad, creemos que no llegará a solucionar en modo alguno, los problemas humanos y estéticos que afectan al hombre de letras en la actualidad. No es que ellos no tengan solución. No es que no merezcan la atención de la colectividad. Por el contrario. El hombre que se somete voluntariamente a las disciplinas del arte, es realmente el que mayor necesidad tiene del estímulo y de la ayuda de la sociedad en que vive a fin de que su obra adquiera la difusión y resonancia que merece su esfuerzo.

Es preciso tener en cuenta que somos un pequeño país, en donde el escritor no puede vivir de su actividad intelectual. Ni aun el más afortunado, aunque la suerte le diera los triunfos más resonantes podría subvenir a las necesidades personales y atención a una familia, con lo que gana como escritor. Y es de este

modo como se ve expuesto a las más duras contingencias, por cuanto en la vida diaria dentro de su labor de escritor no tiene, aquí en Chile, por lo menos, la importancia, la protección y el respeto que se merece como creador de una obra artística en la cual se empeña en dar a conocer lo que es la sensibilidad y el espíritu de su país, lo que es la naturaleza como valor estético y lo típico en relieve de las costumbres, que en cada región por circunstancias de clima y producción, ofrecen un tema vario y novedoso en lo humano y en su acento vernáculo.

Es frecuente oír a la gente decirle a un escritor frases como estas: Muy hermosa su novela. Muy interesante su cuento o su ensayo. Pero esa gente, si es poderosa, social o políticamente, jamás se preocupa de indagar qué es lo que a ese hombre le falta en su vida, para producir una obra que refleje las condiciones de su talento y de su capacidad productora. El hombre dedicado al arte trabaja solo, sin que se le abran,—esto ocurre únicamente por excepción—las puertas hacia ningún camino de prosperidad, en el cual se vea que se le recordó por su inteligencia superior como merecedor de una situación destacada. Siempre que se han nombrado diplomáticos, por ejemplo, fué porque el artista tuvo que intervenir en política, dejando a un lado su labor de creación para demostrar que también es capaz de hacer, lo que le dicta su inspiración y, además, lo que realizan los demás mortales.

Hay muchas maneras de premiar a un escritor cuando ya ha realizado a lo largo de muchos años una labor sólida que lo acredite como acreedor al reconocimiento público, pero jamás vemos que ocurra el milagro. Los Gobiernos, en general, están pendientes del hombre que puede apoyarlos en la asamblea o en el choclón político. Se olvidan de que al artista no se le puede encerrar en un límite proselitista, porque es precisamente la libertad de pensamiento la que necesita para trabajar, sin reconocer otros horizontes que los de reflejar la existencia con ese sentimiento estético capaz de producir el milagro de la emoción que sublima la impureza de la condición humana.



*¿Qué se puede pedir de un Congreso de escritores? Que los Gobiernos acuerden facilidades a quienes sin tener el sentido práctico de la realidad edifica su palacio de quimeras en el aire? Acaso que se les ponga al amparo de la previsión social, para cuando ya no sean capaces de crear nada?*

*Organizadamente, concretamente, el escritor no tiene nada. Absolutamente nada. No puede imponer en una caja de previsión, porque en parte alguna tiene sueldo. Sus derechos de autor son cercenados o pagados arbitrariamente sin que ninguna ley clara y precisa le proteja. Los mismos contratos editoriales que se celebran entre un autor y un editor, contienen las más leoninas disposiciones. Una obra es de los editores hasta después de veinte años que el autor haya desaparecido. Todas las ventajas son para el editor y no se divisa cuál es la que le conviene al escritor dentro de ese convenio unilateral, con que se trata al individuo que trabaja con el espíritu. Que saca de la nada o de lo circundante todos los materiales de su obra. Se nos ocurre que para proteger al escritor sería necesario que un Gobierno dictara disposiciones de un carácter originalísimo nunca vistas hasta ahora.*

*Hay que tener presente que se escribe en Chile para un país de cinco millones de habitantes, entre los cuales sólo un porcentaje muy pequeño, casi insignificante tiene el hábito de la lectura. El escritor de hoy es pionero de una empresa de sueños. Está trabajando para una cosecha muy distante. Muy distante pero muy hermosa en sus resultados, pero esto no se aprecia en lo que representa como sacrificio y como abnegación en favor de la colectividad. La moral, la cultura y la solidaridad humana se beneficiarán a la larga con esta siembra. Por el momento es muy difícil prever cuál podría ser la ventaja que se obtendría con un Congreso de escritores.*

*Pero los escritores siempre propicios al ensueño, están felices con la idea. Les servirá, sin duda alguna, para aferrarse a una nueva ilusión.*